

**Cómo desaparecer en una tarde de domingo**

Es una tarde templada de primavera, así que dejé la ventana que da al balcón abierta. Prendí la tele y me tiré sin zapatos en el sillón blanco. En cable están repitiendo Ronin, y otra vez voy a ver las persecuciones y los autos chocando. Me preparé unos mates en el jarrito azul que dice “Recuerdo de” y nunca nadie lo completó. Es de esos adornos que se fabrican en serie y que pueden ser recuerdos de cualquier lado. Voy a usar por segunda vez el termo que compré, tiene una canilla que se activa con un botón en la tapa. Además tengo guardado un chocolate de taza y una botella de licor de naranja casero que me regalaron.

Cuando De Niro decide inspeccionar el hotel donde están los que tienen la valija, escucho sonar una música abajo, en la calle. El clásico sonido de los parlantes de publicidad exagerando el volumen hasta saturar los graves y la desordenada agitación del tráfico que provoca un desfile logran despegarme del sillón y hacerme salir al balcón. Lo que veo es un decadente cortejo que publicita un circo. El primer auto, un 2CV rojo, lleva los parlantes y repite una y otra vez aquello de “Había una vez un circo que alegraba siempre el corazón...”; el tipo que maneja, oficiando de locutor, convoca al público a visitar la carpa de atracciones increíbles. Después, marchan dos arlequines tocando sendos tambores gigantes, el de la izquierda está cruzado con el ritmo de la canción Sigue una F100 blanca con una jaula en la caja. Notablemente exaltado, un tigre da vueltas por la improvisada cárcel. De vez en cuando parece gruñir pero desde acá no lo escucho. Después vienen dos motociclistas vestidos de blanco, con casco y capa azul pregonando su heroísmo en el globo de la muerte. Cierra la marcha otra F100 azul con tres malabaristas en la caja. El largo paseo los cansó porque ninguno hace nada. Se han sentado y van hablando entre ellos, sin siquiera saludar a los ocasionales chicos que se acercan a verlos. En el momento en que pasan por debajo de mi balcón, uno de los arlequines

tropieza y cae al suelo. La primera camioneta frena imprevistamente para no pisarlo y con el brusco movimiento se abre la puerta de la jaula. El motociclista de la izquierda hace un movimiento equivocado, acelera y termina cayendo en la mitad de la calle. El de la derecha choca contra la camioneta y sale despedido hacia la vereda, da media vuelta en el aire, golpea la cabeza, protegida por el casco azul brillante y después se rompe la espalda contra el cordón. El conductor de la segunda camioneta viene distraído, no frena y pasa por arriba a la moto y a su conductor y golpea la jaula. El tigre enloquece. Se para en dos patas y quiere salir por el lado de la cabina. Desde abajo de la camioneta azul empieza a brotar combustible y sangre. El tanque de nafta de la moto está destrozado, igual que el tórax del motociclista. Unos segundos permanece todo quieto; la realidad se pone en pausa. Solo la nafta ensangrentada sigue su camino viscoso. El tigre salta desde su jaula hasta la calle sin tocar la camioneta. Es un movimiento bello y armonioso, que resulta discordante con todo lo demás. Cuando toca el asfalto, se produce la explosión. La F100 azul se levanta en el aire y cae otra vez. Desaparecen los malabaristas. La camioneta blanca se dispara hacia adelante y aplasta a los arlequines contra el 2CV. Por los parlantes escucho la agonía cruel del conductor, que en una mezcla de grito y llanto pide ayuda. El auto se ha frenado y los arlequines se retuercen queriendo despegarse del capó. Uno lo logra, pero solo su torso se desprende y cae a la calle. El otro enloquece. El gorro de arlequín suena sus cascabeles, aturdiéndome, con las sacudidas histéricas del pobre tipo, que de a poco queda sin fuerzas y calla. Los parlantes dejan de funcionar, el tigre da media vuelta, se aleja y yo entro. De Niro, mientras tanto, saca fotos a la valija. Parece tener todo planeado. Es impresionante cómo entrenan a los del Servicio Secreto. El agua del termo está fría. Sorpresa. El tigre entra por la ventana.